

ANDREA ARCURI

Y QUEDÓSE EL DEMONIO PISADO

Las misiones populares de la Abadía
del Sacromonte (1612-1745)

GRANADA
2025

COLECCIÓN MONUMENTA REGNI GRANATENSIS HISTORICA



Este libro es parte del proyecto PID2022-140101NB-I00 financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033 y por FEDER, UE

© ANDREA ARCURI
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-7629-4
Depósito legal: Gr./1405-2025
Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n. 18071 Granada
Telfs: 985 24 39 30 - 958 24 62 20. www.editorial.ugr.es
Fotocomposición: TADIGRA, S. L.
Diseño de cubierta: TADIGRA, S. L.
Imprime: Podiprint. Antequera (Málaga)

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO	
<i>María Luisa García Valverde</i>	11
INTRODUCCIÓN.....	15
LAS MISIONES DEL SACROMONTE: ASPECTOS, DINÁMICAS, OBJETIVOS.....	23
CONCLUSIONES.....	55
LIBRO DE MISIONES QUE LOS SEÑORES ABBAD Y CANÓNIGOS DEL SACRO MONTE HACEN A LOS ARÇOBISPADOS DE SEVI- LLA Y GRANADA.....	57
FUENTES	199
BIBLIOGRAFÍA.....	201

PRÓLOGO

María Luisa García Valverde

“*Y quedóse el demonio pisado*. Las misiones populares de la Abadía del Sacromonte (1612-1745)” de Andrea Arcuri constituye en la fructífera carrera de este joven autor un paso más para desentrañar el complejo entramado de las misiones populares sacromontanas. Institución surgida a la sombra de los descubrimientos de unos libros escritos en plomo y de una serie de reliquias martiriales supuestamente pertenecientes a los primeros cristianos que habitaron Granada. Descubrimientos que se produjeron en la colina del Valparaíso en la Granada finisecular del siglo XVI.

No es la primera vez que este autor trata sobre el tema sacromontano ni sobre el disciplinamiento social y eclesiástico. Ya, en el 2021 en uno de los capítulos de su libro *Formas de disciplinamiento social en la época de la confesionalización: costumbres, sacramentos y ministerios en Granada y Sicilia (1564-1665)* nos ponía sobre la pista de las misiones sacromontanas que hasta ese momento habían sido escasa y superficialmente tratadas. Siguiendo en esta misma línea, el pasado año volvió a llamarnos la atención sobre este mismo tema a través de un delicioso cómic, de divulgación científica, *Sacromonte. Confesores*, en que se narran las vicisitudes de los misioneros-confesores en los lugares de Cacín y Arenas del Rey durante 1615. Obra que, sin perder su carácter científico, mezcla la divulgación con altas cotas de intriga y trama novelesca. Por tanto, no es de extrañar que la consecuencia lógica de estos trabajos sea el libro que ahora presentamos y que tiene como objetivo el análisis, estudio y edición de una de las fuentes históricas más desconocidas de la Abadía del Sacro Monte, el *Libro de las Misiones*.

El presente trabajo se estructura en dos apartados bien definidos, más uno de conclusiones y otro de transcripción, a través de los cuales el autor ha ido desgranando el tema partiendo de lo más general hasta llegar al estudio, al análisis del *Libro de las Misiones*. El texto se completa con la transcripción de la obra sacromontana, labor que facilita al futuro lector y al curioso que quiera conocer este tema su acercamiento y comprensión.

Como ya hemos indicado el objetivo principal de la presente monografía es conocer el funcionamiento de las misiones populares que, a pesar de su origen medieval, se configuran como un fenómeno típico de la edad moderna cuyas raíces se hunden a comienzos del siglo XVI y se desarrolla durante las dos centurias siguientes. Institución que junto a la práctica de la confesión y a la implantación

de las visitas pastorales se conforma como uno de los elementos básicos y sutiles para la conquista de las conciencias, la implantación de un catolicismo renovado y la perpetuación de una catequesis permanente en aquellos territorios rurales, supuestamente cristianos, en los que aún no existía una conciencia cristiana o, en el caso de existir, estaba muy desdibujada.

Especialmente interesante es el capítulo dedicado a *Las Misiones del Sacromonte: aspectos, dinámicas, objetivos* en el que el autor analiza las más de ciento cuarenta misiones que se desarrollaron entre 1612 y 1745 lo que nos da idea de la inmensa labor misionera desarrollada por los canónigos sacromontanos no solo en la archidiócesis granadina sino también en la sevillana y en las diócesis malagueña y toledana. El autor se detiene en la descripción de la misión celebrada en Sevilla entre 1620-1621 no solo por su duración, más de siete meses, sino por la presencia del arzobispo, Pedro de Castro, en sus celebraciones, por el número de participantes y la intensidad de las labores realizadas durante su desarrollo.

La metodología en el desarrollo de la misión es otro de los puntos fuertes de este capítulo. Andrea Arcuri realiza un profundo estudio sobre su configuración, número de misioneros, rutas seguidas durante los desplazamientos, gastos ocasionados en su organización y desarrollo, identificación de los misioneros huéspedes e invitados a la misión con una prosa ágil y amena con la que el autor nos lleva de la mano por las vicisitudes que conforman la organización y gestión de este tipo de actividades.

De igual forma, y con la misma dedicación, realiza un profundo análisis de los pecados públicos y de la utilización de la “pastoral del miedo” a través del *exemplum* y de la confesión como formas eficaces de conversión, arrepentimiento y, en ocasiones, como él mismo lo denomina, de colapso emocional. Análisis que lo ilustra y enriquece con numerosos ejemplos extraídos del propio *Libro de las Misiones* que ha sabido relacionar y vincular de forma magistral.

Uno de los aspectos más novedosos del presente libro, tal vez, sea el apartado dedicado a la misión en los lugares de trabajo y la identificación de los tiempos de celebración de las mismas. Carnavales, Carnestolendas y antrujos se configuran como los momentos de celebración de la misión por excelencia y como medio eficaz de cristianización y resolución de desmanes y tensiones entre la población. De igual forma la misión en el lugar de trabajo y la adaptación de la predicación, celebraciones litúrgicas y confesiones a las necesidades de cada gremio son otro de los aspectos trabajados por el autor en esta obra. En este aspecto se detiene en describir las características individuales de los principales oficios de cada lugar. Así el autor se hace eco de la “gente del mar” de Sanlúcar de Barrameda o la del Puerto de Santa María; de los soldados y condenados a galeras, de los trabajadores de los ingenios azucareros o de los pescadores por poner solo algunos ejemplos.

Con unas magníficas conclusiones y una completísima bibliografía termina esta obra en la que el autor ha puesto a prueba, una vez más, sus dotes de síntesis y

análisis de la prolífica información recogida y publicada sobre la Abadía del Sacro Monte, en general y sobre el *Libro de las Misiones* en particular.

En resumen, no queremos concluir esta pequeña presentación sin dejar constancia de que el trabajo que nos presenta el doctor Arcuri sigue el camino marcado por la calidad de sus investigaciones y hacemos votos por que continúe en esta línea por el bien de la comunidad científica.

INTRODUCCIÓN

En el gran mosaico de la Contrarreforma católica es posible divisar, amén de los grandes prelados, pontífices y obispos, a otros muchos actores “secundarios”, teselas de un proyecto tan complejo y vasto que necesitaba, ineludiblemente, de la presencia y del trabajo de agentes de varia índole. Ya fuera que se tratara de un confesor hurgando en los secretos más recónditos de un penitente, de un inquisidor en pos de una red de herejes, de un misionero evangelizando las lejanas tierras de América, o de un simple párroco de pueblo con cura de almas, lo cierto es que el panorama de la modernidad estaba caracterizado por la presencia de un piélagos de eclesiásticos que pululaban el espacio cotidiano, tanto urbano como rural.

Algunos historiadores nos han ofrecido lecturas magistrales sobre la interconexión y la complementariedad de funciones entre esos agentes de la Contrarreforma. En particular, el italiano Adriano Prosperi, en su clásico *Tribunali della coscienza* (1996), ha expuesto meridianamente claro cómo la labor contigua de confesores, misioneros e inquisidores sirvió para la (re)afirmación de la autoridad de la Iglesia en los territorios de la esfera católica y la construcción de una sociedad más disciplinada, principalmente mediante la capacidad de imponer su control sobre las conductas y las conciencias de los súbditos-fieles¹.

El catolicismo renovado después del concilio de Trento, se valió de muchos instrumentos para revitalizarse y en cierto sentido tuvo que adoptar una fisonomía nueva, diferente a la de la Iglesia medieval². En efecto, la herida provocada por el

1. Adriano Prosperi, *Tribunali della coscienza: Inquisitori, confessori, missionari* (Torino: Einaudi, 1996). Más modestamente, para el caso español se remite a Andrea Arcuri, *Formas de disciplinamiento social en la época de la confesionalización: costumbres, sacramentos y ministerios en Granada y Sicilia (1564-1665)* (Granada: Universidad de Granada, 2021), obra en la que se analizan los caracteres y la pujanza del disciplinamiento social católico a través de los recorridos de visitantes diocesanos, misioneros, predicadores y confesores.

2. A este respecto consideramos siempre útiles las reflexiones de la historiografía alemana en torno a la confesionalización católica, en particular el clásico estudio de Wolfgang Reinhard, «Ge-
genreformation als Modernisierung? Prolegomena zu Einer Theorie des Konfessionellen Zeitalters», *Archiv Für Reformationsgeschichte* LXVIII (1977): 226-51. Otros distinguidos historiadores afirman que «The Catholic church was transformed into a completely different, confessionalised church by the Tridentine reforms». Heinz Schilling y István György Tóth, «From Empires to Family Circles:

estallido de la Reforma era muy profunda y el reto planteado por los protestantes conllevaba la urgencia de activar políticas que permitieran responder enérgicamente a la crisis abierta por Lutero, so pena de perder la lucha por la hegemonía en el mundo cristiano³. Pese a la magnitud del desafío, la respuesta estuvo a la altura de las circunstancias puesto que la Iglesia de la Contrarreforma pudo no sólo parar la “hemorragia” sino también dotarse de poderosos mecanismos que le permitieron librar la batalla confesional y tomar la ofensiva⁴.

Ahora bien, si la faz más tremebunda de ese proceso la personificó la Inquisición, la temible institución que por excelencia estaba diputada al control de la ortodoxia y a la represión de la *haeretica pravitas*⁵, otros dispositivos se revelaron igualmente eficaces, sobre todo en lo que se refiere a las acciones más sutiles de conquista de las conciencias: cabe destacar, entre otros, el perfeccionamiento de la práctica del sacramento de la Confesión como medio privilegiado de indagación sobre las conductas individuales⁶, el crecimiento cuantitativo y cualitativo de las visitas pastorales para el control tanto de los fieles como de la clerecía local⁷ y, por lo que nos interesa en esta sede, el desarrollo y la propagación de las misiones populares.

Las misiones, a pesar de sus antecedente medievales —sobre todo de cuño dominico y franciscano— son un fenómeno típico de la edad moderna, que tiene

Religious and Cultural Borderlines in the Age of Confessionalisation», en *Cultural Exchange in Early Modern Europe, I: Religion and Cultural Exchange in Europe, 1400-1700*, ed. Heinz Schilling y István György Tóth (Cambridge: Cambridge University Press, 2012), 27-28. Para una síntesis sobre el Concilio tridentino véase Adriano Prosperi, *El Concilio de Trento: una introducción histórica* (Ávila: Junta de Castilla y León, 2008).

3. Sobre la Reforma, en lengua española sigue siendo imprescindible la obra de Teófanos Egido López, *Las reformas protestantes* (Madrid: Síntesis, 1992). Del mismo autor se señala también *Martín Lutero: Una mirada desde la historia, un paseo por sus escritos* (Salamanca: Ediciones Sígueme, 2017).

4. En torno al tema de la Contrarreforma se han hecho correr ríos de tinta. Señalamos para una síntesis ágil sobre sus rasgos generales el reciente trabajo de Elena Bonora, *La Contrarreforma* (Madrid: Alianza Editorial, 2023).

5. Sobre la Inquisición española se remite, en la abundancia de publicaciones sobre el tema, a Henry Kamen, *La Inquisición Española: mito e historia*, 7.^a ed. (Barcelona: Editorial Crítica, 2023) y a José Martínez Millán, *La Inquisición española*, 3.^a ed. (Madrid: Alianza Editorial, 2021). Más en general sobre las otras “inquisiciones” cfr. Francisco Bethencourt, *L'Inquisition à l'époque moderne: Espagne, Portugal, Italie (XVe-XIXe siècle)* (Paris: Fayard, 1995) y Adriano Prosperi, *Inquisizioni* (Macerata: Quodlibet, 2023).

6. Véanse al respecto Antonio González Polvillo, *El gobierno de los otros: confesión y control de la conciencia en la España moderna* (Sevilla: Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 2010); Andrea Arcuri, «El control de las conciencias: el sacramento de la confesión y los manuales de confesores y penitentes», *Chronica Nova* 44 (2018): 179-213; Roberto Rusconi, *L'ordine dei peccati: La confessione tra Medioevo ed Età Moderna* (Bologna: Il Mulino, 2002).

7. Para un análisis detallado sobre las visitas pastorales me permito remitir a Arcuri, *Formas de disciplinamiento social en la época de la confesionalización*, 161-320. Véase también Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz, «De clero y fieles en la diócesis de Granada a través de las visitas pastorales de la segunda mitad del siglo XVIII», *Chronica Nova* 23 (1996): 293-341.

su comienzo a partir del siglo XVI y su auge en los siglos XVII y XVIII. Si las misiones cristianas en el Nuevo Mundo tuvieron el objetivo principal de la evangelización, de la difusión del cristianismo entre pueblos aún no cristianizados, las misiones populares internas respondían a otros propósitos que de alguna manera partían de una toma de conciencia sobre la insatisfactoria obra de catequesis en los territorios rurales del catolicismo, tierras en las que supuestamente la Iglesia estaba ya radicada⁸. Las fuentes de la época hablan recurrentemente de “Indias de aquí” precisamente para aludir a la falta de conciencia cristiana de los fieles de las áreas internas así como para enaltecer las arduas tareas que incumbían a los sacerdotes que se dedicaban a las misiones *ad intra*, tanto que uno de los misioneros españoles más reconocido de la época, el padre jesuita Pedro de León⁹, comentaba de la siguiente manera —y no sin sarcasmo— la condición que él encontraba en sus peregrinaciones por Andalucía: «No sé, por cierto, a qué van los Padres de la Compañía a Japón y a las Filipinas a buscar almas perdidas, teniendo aquí [...] tantas que lo están que ni se saben si creen en Dios ni si no»¹⁰.

Sin embargo, cabe decir desde ya que las misiones populares, como tendremos ocasión de exponer a continuación, no fueron únicamente un instrumento de evangelización o de catequesis, sino también una herramienta adecuada para el control social y religioso por un lado, y la averiguación de la implementación de los dictados tridentinos en las zonas rurales por otro, tornándose, en suma, en una pieza del proceso general de disciplinamiento social impulsado por la Iglesia de la época¹¹.

Sea como fuere, es notorio que se debió a las órdenes religiosas el gran desarrollo de las misiones en la Edad Moderna. En particular, fueron los padres de la Compañía de Jesús y los capuchinos quienes tuvieron un papel preponderante en la difusión del ejercicio misionero, aunque es preciso señalar que también las demás órdenes, —franciscanos, barnabitas, teatinos, somascos, etcétera— no escatimaron esfuerzos en este sentido, produciendo en conjunto unos articulados y capilares ciclos de actividad misionera¹².

8. Distinto era el caso de las misiones en los territorios multi-confesionales de Europa. Éstas, en cambio, se configuraban como un instrumento más de la batalla confesional puesto que su objetivo principal era “arrebatar” los fieles de las “garras” de los protestantes. *Vid.* Céline Borello, «Le Saint-Sacrement et le chaudron : les missions antiprotestantes en Provence au XVIIIe siècle», *Annales du Midi* 120, n.º 261 (2008): 33-57.

9. Cfr. Antonio Domínguez Ortiz, «Vida y obras del padre Pedro de León», *Archivo hispalense: Revista histórica, literaria y artística* 26, n.º 83 (1957): 157-96.

10. Pedro de León, *Grandeza y miseria en Andalucía: testimonio de una encrucijada histórica (1578- 1616)*, ed. Pedro Herrera Puga (Granada: Facultad de Teología de Granada, 1981), 216.

11. Sobre el debate teórico en torno al concepto de disciplinamiento social y sobre todo sobre su dimensión religiosa *vid.* Andrea Arcuri, «Confesionalización y disciplinamiento social: dos paradigmas para la Historia moderna», *Hispania Sacra* 71, n.º 143 (2019): 113-29.

12. Sobre las misiones en España véase Francisco Luis Rico Callado, *Misiones populares en España entre el Barroco y la Ilustración* (Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 2006) y el magnífico

Ahora bien, en el caso de las tierras de la Archidiócesis de Granada, los jesuitas no fueron los únicos protagonistas de las misiones populares, si bien desempeñaron con toda evidencia —y ya a partir de mediados del siglo XVI— un papel transcendental a este respecto¹³, sino que cabría mencionar también la labor de una institución singular y profundamente conectada a la historia de la ciudad de Granada, esto es, la Abadía del Sacromonte.

Las vicisitudes que llevaron a la fundación de la Abadía son bastante conocidas¹⁴. Aun así, repasémoslas rápidamente. En el año 1588, durante las obras de construcción de las naves de la catedral de Granada, debajo de la Torre Turpiana¹⁵, fueron halladas unas reliquias de la Virgen María y de San Esteban protomártir, además de un pergamino escrito en árabe con signos en castellano y en griego. Este último aludía a una profecía del apóstol Juan en la que se vaticinaba la invasión musulmana de la península ibérica, y que supuestamente San Cecilio, el primer obispo de Granada, había hecho ocultar para que no fuese profanado. Unos pocos años después, en un arco temporal que va de 1595 a 1599, en unas cuevas de la colina de Valparaíso —que a partir de ese entonces pasó a ser denominada como “Monte Sacro” o “Sacromonte”— fueron encontradas otras asombrosas reliquias, entre las cuales destacaban las cenizas de San Cecilio y de sus compañeros y discípulos martirizados, así como veintidós libros formados por planchas circulares de plomo y unas abstrusas inscripciones en letras árabicas: se trataba de los célebres libros plúmbeos del Sacromonte. En ellos se aludía a la presencia del apóstol Santiago en el sureste de la península ibérica y se hacía referencia a San Cecilio mártir y a la acción evangelizadora llevada a cabo en aquella zona ya en época romana, haciendo hincapié, por ende, en el origen apostólico del cristianismo en Granada. Además de ello, los libros enunciaban unos postulados teológicos que acercaban los dogmas cristianos a las doctrinas islámicas presentando y legitimando, en el fondo, una teología islámica

prólogo escrito por Bernard Dompnier. Sobre los “misioneros”, Adriano Prosperi, *Missionari. Dalle Indie remote alle Indie interne* (Roma-Bari: Laterza, 2024). Sobre las órdenes religiosas se remite a Roberto Rusconi, «Gli ordini religiosi maschili dalla Controriforma alle soppressioni settecentesche. Cultura, predicazione, missioni», en *Clero e società nell'Italia moderna*, ed. Mario Rosa (Roma-Bari: Laterza, 1992).

13. Cfr. Julián José Lozano Navarro, «La Compañía de Jesús en el Reino de Granada durante el siglo XVI. Las misiones populares», en *La historia del reino de Granada a debate : viejos y nuevos temas. Perspectivas de estudio*, ed. Manuel Barrios Aguilera y Ángel Galán Sánchez (Málaga: CEDMA, 2004), 537-50. Vid. también Antonio Luis Cortés Peña, «Los jesuitas y las misiones», en *Las Españas que (no) pudieron ser: herejías, exilios y otras conciencias (s. XVI-XX)*, ed. Manuel Peña Díaz (Huelva: Universidad de Huelva, 2009), 115-32.

14. Para un acercamiento a la historia de la Abadía del Sacromonte señalamos en particular el trabajo de Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz, «El Sacromonte de Granada, camino, subida y santuario», en *La Abadía del Sacromonte. Vida y arte en las fuentes del cristianismo moderno de Granada* (Granada: Nuevo Inicio, 2018), 33-133.

15. El antiguo minarete de la mezquita mayor de Granada.

cristianizada. Se trataba de una falsificación, una estratagema orquestada por moriscos cripto-musulmanes de capa social elevada e integrados en la sociedad cristiana —entre ellos seguramente el médico y traductor Miguel de Luna¹⁶— para compatibilizar su existencia como comunidad en el nuevo contexto de construcción ideológica de la Monarquía católica y en la complicadísima coyuntura dictada por la crisis que había estallado unos años antes con la rebelión de las Alpujarras (1568-1571) y el sucesivo destierro de los moriscos del Reino de Granada a las regiones del interior de la Corona de Castilla¹⁷. Así pues, los libros plúmbeos supusieron un postrero, desesperado y, en cierto sentido, conmovedor intento por parte de una comunidad ya mermada para seguir viviendo en sus tierras¹⁸. Dicho intento, como es sabido, se malogró y a partir del año 1609 —y de forma escalonada hasta 1613— los moriscos fueron expulsados de todos los territorios españoles¹⁹.

Las enredadas y fascinantes vicisitudes sobre el proceso de evaluación de la autenticidad de los plomos del Sacromonte, así como su posterior condenación papal por parte de Inocencio XI en 1682, sobrepasan nuestro ámbito de interés. Lo que nos importa señalar es que tanto el hallazgo de los libros plúmbeos como de los restos martiriales en las Santas Cuevas de Valparaíso produjo un clima de intenso fervor religioso en Granada, y en poco tiempo las colinas del Sacromonte empezaron a devenir destino devocional de peregrinación y de oración. Para vigilar las reliquias, el arzobispo Pedro de Castro y Quiñones —defensor denodado de la autenticidad de los hallazgos sacromontanos— adquirió en 1598 los terrenos en donde se hallaban las

16. Y no Alonso del Castillo, como hasta hace poco se creía. Mercedes García-Arenal, «Alonso del Castillo, Miguel de Luna y otros moriscos, una propuesta para la autoría de los plomos», en *Nuevas aportaciones al conocimiento y estudio del Sacro Monte: IV Centenario fundacional (1610-2010)*, ed. María Julieta Vega García-Ferrer, María Luisa García Valverde y Antonio López Carmona (Granada: Universidad de Granada - Fundación Euroárabe de Altos Estudios, 2011), 143-70.

17. Sobre la guerra de las Alpujarras cfr. Antonio Jiménez Estrella y Javier Castillo Fernández, eds., *La rebelión de los moriscos del Reino de Granada y la guerra en época de los Austrias: Estudios para un debate abierto* (Granada: Universidad de Granada, 2020). Sobre la presencia morisca en el Reino de Granada: Manuel Barrios Aguilera, *La convivencia negada. Historia de los moriscos del Reino de Granada* (Granada: Comares, 2008). Más en general sobre esa cuestión cfr. Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *Historia de los moriscos: vida y tragedia de una minoría* (Madrid: Alianza Editorial, 1985).

18. Sobre los libros plúmbeos véase el reciente e importante trabajo de edición crítica, que por primera vez presenta una traducción de todas las láminas de plomo, de Pieter Sjoerd van Koningsveld y Gerard Albert Wieggers, *The Lead Books of the Sacromonte and the Parchment of the Torre Turpiana: Granada, 1588-1606. General Introduction, Critical Edition, and Translation* (Leiden - Boston: Brill, 2024). Cfr. también el estudio de Manuel Barrios Aguilera, *La invención de los libros plúmbeos: fraude, historia y mito* (Granada: Universidad de Granada, 2011).

19. Sobre la expulsión y sucesiva diáspora de los moriscos la bibliografía es muy vasta. Sirva como botón de muestra el volumen editado por Mercedes García-Arenal y Gerard Albert Wieggers, eds., *The expulsion of the Moriscos from Spain: a Mediterranean diaspora* (Leiden: Brill, 2014) y el trabajo de Bruno Pomara Saverino sobre la diáspora italiana: *Refugiados. Los moriscos e Italia* (Granada: Comares, 2022).

Santas Cuevas y nominó cuatro capellanes para que allí administrasen los sacramentos a los fieles que peregrinaban hasta ese paraje²⁰. Empezó así el recorrido que llevaría a la erección de la Abadía del Sacromonte —sancionada por la bula *Inmensa* del 20 de noviembre de 1609—, y cuya organización interna presenta ya de por sí algunas peculiaridades: en efecto, pese a su denominación, se trataba de una iglesia colegial puesta bajo jurisdicción diocesana por voluntad manifiesta de su fundador, el arzobispo Pedro de Castro, quien toreó las presiones ejercidas por distintas órdenes religiosas —como por ejemplo los franciscanos, los mercedarios, los agustinos recoletos, los cistercienses, etcétera— deseosas de apropiarse de ese lugar tan sugestivo y simbólico²¹.

La Abadía estaba formada por veinte canónigos y un abad. Si bien *stricto sensu* no se trataba de una abadía, debido a que sus miembros eran seculares y no regulares, se le denomina de tal manera porque su máxima dignidad es la de abad —y no de prior o deán— y también porque su organización interna presentaba unos rasgos inconcusamente monásticos. De hecho, sus *Constituciones* se inspiraban en la regla agustiniana y en las constituciones oratorianas y jesuíticas; asimismo, se establecía para sus clérigos una vida comunitaria con obligación de clausura y residencia, «como religiosos muy observantes»²². A los canónigos del Sacromonte se les encomendaban varias tareas, entre las cuales es preciso mencionar la docencia, el servicio coral, las oraciones matutinas y nocturnas ante el Santísimo Sacramento y, por lo que atañe al tema que nos interesa, las misiones populares.

Las *Constituciones* del Sacromonte —del año 1608 las provisionales y de 1616 las definitivas— prescribían de forma clara que el ejercicio misionero era uno de los deberes indefectibles de sus canónigos, razón por la cual, a partir de la misma fundación de la Abadía, las misiones se configuraron como una seña de identidad de la labor de dicha institución.

Pese a la importancia de la Abadía para la historia —no sólo religiosa— de la ciudad de Granada y de sus alrededores, y a la frecuencia considerable con la que se llevaba a cabo el ejercicio misionero por parte de sus canónigos, la historiografía hasta hace poco no se había ocupado sino marginalmente y de forma muy acotada de las misiones sacromontanas²³. La publicación, en 2021, del libro *Formas de*

20. Sobre las munificas donaciones de Pedro de Castro a la Abadía del Sacromonte *vid.* María Luisa García Valverde, «La donación del arzobispo Don Pedro de Castro al Sacromonte: el inventario de sus bienes», *Cuadernos de arte de la Universidad de Granada* 27 (1996): 283-95.

21. «Las reliquias de tan grandes sanctos, las cuevas sanctas en que bivieron y murieron la devoción que todas tenían a este Santo Monte puso codicia a todas las religiones para desearlo y pedirlo, y cada una quisiera no carecer de cosa de tanta estima, mas con particular providencia de nuestro señor arçobispo se determinó hacer en él una yglesia collegial de abbad y canónigos seculares». Archivo de la Abadía del Sacromonte de Granada (AASCGr), *Libro de entrada de los Señores Abades y Canónigos del Sacro-Monte desde la fundación de la Abadía*, Armario metálico II, fol. 1r.

22. *Ibidem.*

23. En efecto, el interés historiográfico se ha enfocado más en la cuestión de los libros plúmbeos relegando a un segundo plano los aspectos institucionales y socio-religiosos en torno a la Abadía.